

MARNA PORCELLI**TOGLIETTI**

... con el pelo mal cortado y enormes ojos solemnes.
KATHERINE MANSFIELD, "Casa de muñecas"

Nunca la vimos defenderse (aunque al final sí se defendió) pero para nosotros la gorda Toglietti era la compañera a la que se le escapó un pedo en la clase de gimnasia, cuando el profesor de primer año la puso delante de todos, y quizá para humillarla le pidió que hiciera veinte lagartijas y veinte abdominales, y nosotros, mientras la mirábamos sentados en las escaleras, íbamos contando las abdominales a los gritos, hasta que de golpe la gorda hizo fuerza y pufff y soltamos la risa y la gorda se quedó quieta, inmóvil, parpadeando con su eterna mirada bovina, como si el pedo la hubiera sorprendido a ella también, quiero decir, como un adefesio que no sabe cómo llegó al centro del patio, humillada y tan sin defenderse. Después de ese jueves, si tengo que pensar en una imagen que singularice a la gorda, que la defina de alguna manera, se me presenta entre las tres víboras. Le habían sacado la zapatilla durante la hora de natación en el subsuelo, y la gorda corría tropezándose de un lado a otro, con un brazo en alto y el pelo siempre tirante hacia atrás, la gorda humillándose, tal vez sin darse cuenta del todo que se humillaba, entre ellas tres: que se llamaban Rosa, Rosaura y Ramona, y eran de esas adolescentes populares que andan en grupo, como si vinieran en paquete, que te hablan de un modo muy canchero y usan zapatos de taco y camperas estrechas y las persiguen los chicos. Luz y yo las apodamos así por la lengua venenosa, y Luz se reía y me guiñaba un ojo, cuando fumábamos en el baño, y decía, fija que las tres duermen enroscadas. Les llevó pocos meses, desde que entramos al colegio, detectar a la

gorda y agarrárselas con ella, y el caso es que a partir de ahí la vida fue un suplicio para Érica Toglietti. Y ella, desde su banco, las aguantaba sin reaccionar, con su lenta mirada bovina, como esas holando-argentino muy pacíficas que se quedan a mitad de la ruta, con los ojos perdidos y vidriosos y su masticar interminable, con los labios húmedos y su pelo tirante y su piel manteca. *Bola de sebo*. En clase, comía imperturbable, interminablemente, sándwiches de jamón y chocolates y pedazos de torta. Venía de una familia de tanos del sur, de campesinos analfabetos, era dura como una azada, parecía hecha para recibir empujones y caer y levantarse, sin queja. No descollaba mucha lucidez que digamos, y como había cada profesor decrepito en el histórico Colegio Nacional, resultaba fácil que las tres víboras la atacaran. En realidad, sobre ella, no sabíamos más que esto, lo que se podía deducir de esa enorme masa de manteca, quieta y sudada. Una hermana menor, Laurita, con la que se volvía a la casa. La madre, que las había abandonado cuando eran chicas. El padre, peronista, y era una época de mucho gorilaje en el Nacional, y en la ciudad. Sobre los padres nos enterábamos por Luz, que también vivía en Flores y en el edificio del frente al de la gorda.

—Che, gorda, ¿tu vieja no te quiere?

—¿Qué pasó, gorda? ¿tu papito no vota?

Entre las tradiciones del colegio se contaba que, una vez, para despedir el año, los chicos de quinto habían metido un chanco embadurnado en aceite después de la clase de matemática, y lo habían hecho resbalar por los pisos de mármol hasta tirarlo por las escaleras, y cuando yo pensaba en esa historia, se me figuraba que la gorda era también ese chanco manoseado, que gritaba y no se podía defender, y se daba la cabeza contra una columna para salir disparado hacia otro lado. Entonces las tres víboras le abrochaban las páginas del libro de inglés, le volcaban tinta en la mochila, y la gorda, con su suspirar paciente y su mirada fija, despegaba una a una las páginas del libro, lavaba la mochila en el baño. Y como si fuera poco, entre todas las cosas que

le pasaban a Érica Toglietti en esos años, estaba también el haberse enamorado de la persona equivocada. Al celador de turno le decíamos el Sapo, porque se te aparecía en lugares inverosímiles. La gorda lo veía venir y suspiraba. Le traía chokolatines, le regalaba dibujitos, y suspiraba. Se reía cuando él la nombraba en la lista, y el Sapo, siempre, como si nada.

—¿Por qué no te defendés, gorda?

Estábamos en la cafetería del subsuelo, esa mañana había ocurrido lo de la zapatilla después de la clase de natación, y era Luz la que le había preguntado. La gorda tenía puesta una enorme remera gris, con un estampado que decía “no estrés”, y se había comprado ciento cincuenta gramos de queso de máquina: abrió el papel del fiambre, sacó una feta de queso, la enrolló, y se la empezó a comer.

—No vale la pena —dijo la gorda—. Hay problemas peores —siguió la gorda.

La verdad es que no nos dio mucha bola: acababa de llegar Laurita, que ahora se sentaba a la mesa junto a ella, y yo caí en la cuenta de que nunca había visto a Laurita sola, siempre andaba colgada de la mochila de su hermana, y siempre la gorda parecía estar ahí, para ella. En el fondo, claro, tampoco sabíamos mucho de Laurita, solo que era un poco más flaca, y algunos decían que era medio lela o medio loca, el caso es que seguro ya estábamos en plena primavera camporista, porque me acuerdo con mucha claridad de la gorda yéndose con la hermana que se le colgaba de la mochila, a la salida del colegio, una tarde, las dos caminando como si se balancearan, entre los papelitos que caían sobre Avenida de Mayo, papelitos por todos lados. Claro que no sabíamos qué venía después, y el país ya era un quilombo con la vuelta de Perón, y la esperanza (íbamos a ver, a los largo de ese año, cómo se rompía todo lo que esperábamos) mientras fumábamos en el baño y le decíamos a la gorda que se defendiera. Para nosotras, aunque no sabíamos bien cómo nombrar cada cosa, la izquierda era algo muy serio, una discusión que no se acaba nunca, la posibilidad de un cambio, de estar bien por fin. Era algo serio que queríamos hacer y apremiaba,

era algo real que se construía no solo siendo militante. Se trataba de ayudar al vecino en el barrio, también, de dejar la puerta del subte libre si no te vas a bajar, de no torturar a tu compañera. Y eso podía hacerse *ahora*, no había que esperar que las condiciones cambiaran.

Pero esto se enmarcaba en mediodías como ese en que salí de la biblioteca del primer piso, y se me acercó un tipo muy rápido y me puso un revólver en el estómago (lo recuerdo muy bien, era un hombre con mucho pelo en los brazos, y me empujó un poco, con la campera tapaba el arma, y me preguntó qué libro traés ahí, y se lo mostré, era derecho romano) y yo le conté a Luz y ella abrió mucho los ojos, y dijo qué miedo, en serio, y silbó. Y como no sabíamos qué hacer cuando ocurrían estas cosas, las dejábamos pasar y tratábamos de no asustarnos, entonces Luz me dijo, no supiste la última: la gorda le está escribiendo una carta al Sapo. El Sapo le había dicho que la invitaba a bailar si ella, antes, le entregaba una carta. Y la gorda, obviamente, picó. En vez de sospechar algo raro, en vez de defenderse, la vimos escribir durante la clase de geografía y de dibujo, mientras las tres víboras le ponían papelitos en la cabeza o le escondían la bufanda.

Mi osito, mi floripondio, como me decía mamá. Así empezaba la carta. Lo supimos porque todos la leímos una semana después: la pasaron con el proyector el miércoles, por la pantalla del micro-cine, durante la clase de Historia del Arte. La maestra de Historia del Arte era una mujer bondadosa pero hacía rato que no habitaba este mundo. Me acuerdo de que Emiliano, para molestarla, salía dos o tres veces durante la clase, y volvía a entrar, dos o tres veces y en la misma clase, frente a la mirada un poco sorprendida de la profesora, que siempre lo saludaba como si fuera la primera vez: “De nuevo llega tarde, López”. Estábamos en medio de arte medieval, las tres víboras se habían ofrecido a manejar el proyector y recuerdo un cuadro de Juan Bautista, con una paloma arriba, hasta que de golpe, entre cuadro y cuadro, empezó a aparecer la letra torpe de la gorda. Mi osito, mi floripondio, como me decía mamá. Esmerarse, sí se había esmerado la gorda, porque después de hablarle de la madre y el abandono, se lanzó de lleno a la

conquista del Sapo con versos copiados sobre tus ojos y el mar. Aparecieron esas frases en la pantalla, mientras la profesora hablaba de Juan Bautista y el agua bendita, y estábamos que ya no aguantábamos más de la risa (se escuchaban las ganas de lanzar la carcajada, el hipeo tapado con la mano en la oscuridad), y nos hundíamos más en las butacas, y alguno codeó a otro, cállate, boludo, no te rías así, pobre gorda, cuando la gorda se envalentonó y saltó de su asiento. Era traición y había recibido el golpe. Emiliano entró a la clase y la profesora dijo, “otra vez llega tarde, López”, mientras nosotros nos reíamos a carcajadas y leíamos te amo locamente, y quiero bailar bajo las estrellas, cuando la gorda llegó al fondo, a la mesita donde estaba el proyector, y se abalanzó para desenchufarlo. No pudo. Tironeó un poco y no llegaba. Pero no se desanimó: se puso de pie y colocó su cuerpo enorme, toda la bola de manteca, temerariamente, frente al ojo del proyector. Enseguida la pantalla quedó en negro, aunque se seguía escuchando el click click de la presilla para pasar las diapositivas. Entonces, la bondadosa profesora de Historia del Arte, la distraída y bondadosa profesora de Historia del Arte, percibiendo que algo anómalo ocurría, giró la cabeza hacia la pantalla y la vio negra, y gritó, con todo el peso de la autoridad:

—Déjese de joder, Toglietti, ¿o quiere que la expulse de la clase?

No hizo falta, porque la gorda escuchó la amenaza y empezó a llorar, muy despacio, y en silencio. Sí se distinguían las lágrimas en la penumbra, y el movimiento de los hombros, y la cara mojada, aunque ella continuaba todavía de pie, mientras la humillación del click click seguía sonando, mientras la carta, ya negra, que ya no podíamos leer, seguía corriendo: la gorda de pie con toda su tensión y toda la resistencia de la que era capaz, la gorda así hasta que no aguantó más y salió hacia el baño.

Y quizá por la derrota que tenía esa tarde Érica Toglietti, a mí se me empalma su imagen con la de su hermana colgada de la mochila, siempre vistas desde atrás, las dos yéndose por Avenida de Mayo, con lo que se decía en la calle en esos meses, que Perón no era el mismo, que

lo habíamos esperado y que habíamos esperado algo durante estos años, pero cuando llegó nos dimos cuenta de que todo iba a ser distinto. Yo aposté a que la gorda no volvía al colegio después de las vacaciones de invierno, aposté con Luz que ahora sí, Érica no aguantaba más. Pero volvió. No sé cómo hizo para recuperarse, pero volvió.

La vimos cursar lo que quedaba del 74 más apagada, más silenciosa. No se reía cuando el Sapo la nombraba en la lista, ni le hacía ojitos ni le hablaba. Pareció perder todo interés. Eso sí, nunca dejó de comer (ni de comer en clase), aunque estaba como más pálida y transparente. En esas semanas, la vimos limpiar la mermelada de la campera, sin decir una palabra, o buscar por todo el colegio su mochila, sin entusiasmo, como quien cumple con la cosa y ya. El caso es que aguantó los pocos meses que quedaban del año, sin gracia, sin ánimo, hasta que Luz llegó con la noticia y dijo que Érica se defendió.

Con los exámenes de diciembre, al principio no nos dimos mucha cuenta de que faltaba la gorda, pero al tercer día Luz contó en el baño lo que se rumoreaba en su barrio, mientras fumábamos, en el primer recreo del jueves, y Luz contando esto, apoyada a medias sobre los azulejos blancos, sacando el humo de costado, Luz contando esto con toda la amargura, es el final de esta historia.

Se defendió, dijo. La gorda al final se defendió.

La noche del sábado, el padre había salido a una reunión, y en el departamento de Flores quedaron la gorda y Laurita. No había nadie más. Los vecinos no escucharon nada, o no escucharon nada al comienzo. Muy tarde, después de la medianoche, llegaron los milicos. Como siempre: entraron pateando puertas y a ellas las sacaron de la cama y las pusieron ahí: en camión en el centro de la sala. Las jodieron a los gritos y fueron y vinieron por la casa. Hasta que un milico se acercó a Laurita, y con un gesto de mucha naturalidad, puso la mano en el pecho de la chica. Laurita se quejó un poco, pero sobre todo estaba muy tensa por lo que podía suceder.

Entonces la gorda, que cumplía su papel de hermana mayor, entonces la gorda, con su eterno pastar y su mirada larga, vio eso y se abalanzó sobre el milico para proteger a su hermana, se abalanzó y lo empujó hacia atrás, y el tipo levantó el arma y le descerrajó un tiro en la cabeza.